



De mito en mito: un ensayo para problematizar las plataformas educativas

Grisel El Jaber
FLACSO Argentina



Existe cierta pretensión de idealizar la opción de educación a distancia como lugar de producción de conocimiento compartido y espacio de acceso democratizante a la educación. Por supuesto, en ello hay mucho de cierto, poco de medible, bastante de intencionalidad pedagógica y, en algunos casos, otro tanto de ferviente fe depositada en el poder de las tecnologías como motor de todo cambio. Las plataformas, como espacios construidos bajo potenciales perspectivas constructivistas de la Educación, convocan sujetos virtualizados en un tiempo –por el momento– mayoritariamente asincrónico, y nos obligan a preguntarnos por la genuina participación y construcción del conocimiento.

Un ejemplo por demás habitual en las instituciones universitarias es contar con plataformas basadas en el *software* Moodle. Estas nos proponen espacios cerrados, con un adentro y un afuera, con bordes de contornos sinuosos, diferentes a los espacios abiertos de publicación (como el de las redes sociales), pero fuertemente caracterizados por la posibilidad de comunicación asincrónica que aún regula la participación *in situ*. Los foros, que son reyes en estas plataformas, despliegan cierta tiranía del recurso sometida a las plasticidades del diseño didáctico. Según las investigaciones sobre educación a distancia, el auge de los foros parece haber quedado en la década de 1990. Cada vez más, dejan de ser el centro de la interacción para volverse parte del todo, a medida que se habilita la inclusión de lo sincrónico a través del *streaming* y las videoconferencias.

Es verdad que la sincronidad no garantiza la interacción. De hecho, en las redes sociales abunda el posteo unidireccional a modo de simple vidriera: el/la usuario/a pasa, mira, pero la mayoría de las veces no compra. Mal ejemplo para referirse a la educación, que no es mercancía. El rol de docente en la educación presencial, en su despliegue del saber en el aula, parece que encuentra una imperiosa necesidad de reposición, con la planificación invisible para la construcción de múltiples recursos. Cuerpos hablantes que se materializan en videos, hojas de recursos, *mash up* y otros tantos objetos atesorados y mercantilizados, que esconden el trabajo especializado devenido en producto.

Recuerdo los inicios de la web: comenzamos por el texto y luego fuimos incluyendo audios, imágenes y videos. El *streaming* permitió corporizar una instantaneidad deseada. Pa-

radoja si las hay, en pleno reinado de los *youtubers* y del *streaming* en las redes sociales, parece siempre que lo educativo viniera un paso detrás –no atrás–, encorsetado en fronteras, antes de ladrillos y hoy de bits, pero siempre resistiéndose a ser un espacio diferenciado de un afuera que se cuelga por todos lados.

En la ponencia *Diseñar, crear, romper cajas y transmediar*, Fernando Salvatierra dice que “en el campo de la educación a distancia, tendemos a pensar las propuestas de formación a partir de lo que nos ofrece la plataforma. Esto representa un problema tanto a nivel pedagógico como didáctico”. Efectivamente, se convierte en un problema en la medida que implica una concepción de los recursos tecnológicos como modelizadores de lo pedagógico. La inclusión cada vez más fuerte del *streaming* y las videoconferencias, articulados con plataformas como Moodle, vuelve más permeables los bordes de ese espacio y acorralan aquellos recursos tradicionales –como los foros– que emulan el dinamismo de una clase presencial, pero asfixian aún más la posibilidad del movimiento. Sin embargo, lo sincrónico es tierra prometida: a partir de sus discursos, los cuerpos aprendientes se emplazan en espacios con el ideal de la plena interacción, que se tensiona con la lectura comprensiva del texto tradicional.

Las fronteras de estos espacios educativos en línea se vuelven lábiles. Dice Salvatierra: “hablamos de *polisincronía*: un espacio donde todo convive”. La pregunta que surge es cuánto de reproducción de modelos pedagógicos tradicionales existe en esta *polisincronía*; cuánto de permeable es a lo que sucede en otros espacios y tiempos; y cuánto de borde deja deconstruir. Tal vez las paredes del aula permutan su estado sólido a estos bits que configuran fronteras, pero creemos que solo son permeables, que no se desvanecen. El peligro es quedar atrapado/a en una estructura posible de la hipermedia didáctica. La primera a ser superada –advierte Valeria Odetti en su ponencia *Diseño de materiales hipermediales: lecciones aprendidas*– es que el material didáctico quede destinado a ser mural.

La distancia se corporiza. Se hace cuerpo aun cuando pretendamos anular la palabra misma en el campo educativo para reemplazarla por cualquier equivalente. Si la distancia se hace cuerpo, entonces, su manifiesta omisión expresa el prejuicio por el cual solo la presencia física sin mediación tecnológica es la portadora de cercanía. Ingrid Sarchman, en su ponencia *Aulas virtuales: del miedo a la fascinación y viceversa*, dice que es un prejuicio pensar que la “falta de contacto real [obtura] el proceso de transmisión de saber. (...) Todas las críticas están orientadas a la misma idea: las nuevas tecnologías, que buscarían simplificar la vida cotidiana, pierden, en esta conexión constante, algo de lo supuestamente humano”. La mediación se vuelve totalizante en cuanto se considera a la tecnología como motor del cambio y única posibilitadora del vínculo social. Tal como expresa Sarchman, al “reflexionar acerca de la subjetividad en la educación a distancia, educación mediada por dispositivos tecnológicos, [debemos pensar la] mediación desde la contradicción fascinación/miedo (o desconfianza)”. Y es que, en esta construcción de la subjetividad, se pone en juego la visibilidad/invisibilidad en ese entorno: “Si el aula tradicional aún presenta estrategias de invisibilización, las aulas virtuales se constituyen a partir de la clausura de esta alternativa. [Por la propia dinámica de las plataformas] cada una de las acciones (lectura de clases, participación en foros, envío

de trabajos) [queda] indefectiblemente registrado: no [existe] forma de sortear y burlar al sistema”, dice Sarchman.

Y aun intentando salir de los binarismos de la presencia-ausencia de un cuerpo, la pregunta vuelve sobre el cuerpo producido por el lenguaje: “Cuando alguien pone a trabajar su malestar, transmite aquello que le conmueve en su práctica cotidiana, y que involucra necesariamente su cuerpo. Esa conmoción se recrea y se hace presente en el vínculo que se establece con quien cumple la función de tutoría y acompaña el trabajo de cada cursante”, dice Perla Zelmanovich en su ponencia *Efectos de presencia en la virtualidad*.

Podemos hablar de los lenguajes, de cuerpos producidos por los discursos sociales en plena interacción.

En las ponencias que componen este libro, varios/as autores/as trabajan con la idea de *transmedia* y problematizan el optimismo tecnológico: porque refuerza la idea del sujeto productor, y/o porque habilita la construcción de espacios y tiempos con vínculos pedagógicos o –al menos– de relatos que traen a los/as otros y otras más cerca, reconocibles y situados. Daniela Koldobsky, en su ponencia *Una experiencia transmedia y multiplataformas en el marco de la producción de conocimiento universitario*, dice:

(...) en los últimos años, buena parte de las narrativas transmediáticas responden a una moda. Subirse a las narrativas transmedia ha sido una especie de necesidad, y esa no es la idea. (...) No trabajamos desde la idea de transmedia respecto de una narrativa transmedia (lo que implicaría la construcción de diversas líneas que parten de un relato), sino que aprovechamos las potencialidades de cada plataforma para generar distintos tipos de vínculo (entre docentes y estudiantes, entre los/as estudiantes, e incluso entre docentes) y con la especificidad de que en cada una de ellas se tramitan distintos contenidos con distintos objetivos.

Una vez más, esa “moda” trasluce una tecnología atada a lo instrumental que tracciona vínculos. Dice Anahí Lovato en su ponencia *Diseño narrativo transmedia: hacia una metodología posible*: “Cuando hablamos de *narrativas transmedia* (...) nos referimos a relatos que se expanden a través de una multiplicidad de plataformas y soportes (...)”. Para ambas ponentes, lo narrativo deja de ser solo del orden de la forma para construirse en discurso social que encuentra ubicuidad en la dimensión instrumental de la técnica, pero no queda allí atascada. Y es que lo interesante de este andamiaje conceptual es que no viene exclusivamente de lo educativo y nos permite pensar el campo desde otra perspectiva: sabemos que las plataformas proponen un modelo pedagógico que nos encorseta y nos sitúa, pero si pensamos en qué tipo de experiencia queremos proponerles a nuestros/as cursantes, “en qué momento los llamaremos a la acción, y qué van a poder hacer con nuestro proyecto y con la historia, [entonces] podemos elegir las plataformas que nos permitirán contar la historia y conseguir la interactividad que pretendemos para el proyecto”, afirma Lovato.

Existen pocas certezas. Como siempre, la duda permite el ensayo y abre el espacio a preguntas necesarias, al menos para esta parte de la región: si acaso la educación a distancia cristaliza ese/esos espacio/s diferenciado/s y si requiere estar un paso adelante para satisfa-

cer el mito de la innovación en el campo (una innovación que muchas veces queda atada a lo instrumental). Pareciera ser que el modo en que un recurso técnico es incluido en un proceso de enseñanza y aprendizaje avecina cierto éxito. Los aplausos se gritan en foros y mensajes y revelan producciones de estudiantes que son mostradas a la propia comunidad, construyendo un circuito de éxito que se refuerza a sí mismo y se reproduce a través de las voces legitimadas. Cabe preguntar éxito para qué y para quiénes. Solo intentemos situar cierta innovación en un tiempo histórico-social, en una comunidad específica y seguramente dejará de serlo para otros y otras. Saltamos paredes invisibles, jugamos a la soga del detrás-delante-afuera-adentro, soñamos la visibilidad absoluta en el encierro de las sombras de la caverna.

Las y los sujetos perciben los bordes del adentro y el afuera por la presencia de barreras: usuarios y contraseñas que filtran el acceso abierto en la mayoría de las propuestas de formación (públicas o privadas), pero que, cuando se abren, prometen paraísos de interacción y saberes contruidos en comunidad. ¿Pero cuáles serían, entonces, los saberes no contruidos colectivamente? La sola idea de su no existencia permite que sigamos sosteniendo que la mediación tecnológica todo lo hace, a pesar de los propios sujetos. En una era de crecientes contenidos mercantilizados, contruidos y distribuidos por algoritmos en nuestras redes sociales, la educación resiste con lo artesanal y personalizado, exprime el cuerpo hablante, sostiene el deseo del aprendiente y del/la educador/a. Los/as sitúa –a veces engañados/as– bajo la promesa de la construcción de un territorio diferente y emancipador.

Debemos seguir pensando juntos/as qué es lo emancipador, porque la tecnología nunca lo es por sí misma.